

Sección 4 - Seguridad, Poder y Conflictos

Palestina: Paradigma de política global en tiempos de transición hegemónica

Ivan Carrazco Nuñez

Doctor y Licenciado en Ciencia Política. Maestro en Relaciones Internacionales. Especializado en Geopolítica, Islam y Medio Oriente. Curso estudios en Derecho Islámico por la Universidad de al-Azhar (El Cairo, Egipto), Filosofía Islámica en la Universidad al-Mustafa (Qom, Irán) y Política Internacional

Contemporánea en la Universidad de Estambul (Estambul, Turquía). Miembro del Centro de Estudios Islámicos, Árabes y Persas "Dr. Osvaldo Machado Mouret", Observatorio de Estudios del Islam en América Latina, Centro Académico de Relaciones Internacionales "Espacio Global". Autor de varios artículos académicos y de opinión.

Palestina: Paradigma de política global en tiempos de transición hegemónica¹

Resumen

Palestina no es una anomalía ni un caso aislado sino que es, más bien, el ejemplo claro de un proceso de dominación que muestra la composición actual del orden global en etapa de transición hegemónica global en el que se intersectan las políticas de la vida (biopolítica) al interior de los Estados que, a su vez, compiten y cooperan entre ellos en el sistema interestatal vigente (geopolítica). La seguridad, la frontera, la excepción se encuentran en conflicto con la justicia, la ciudadanía, el derecho y la diferencia. Se administra la existencia de los seres humanos en cuanto a su expresión biológica y se establece un criterio entre aquellos quienes sí pueden vivir y quién debe morir (necropolítica) según los criterios establecidos desde los centros de poder hegemónico, en declive relativo. Palestina es la cúspide, el punto visible de todo un entramado político global existente que marca la pauta diagnóstica de diversos conflictos a nivel internacional.

Palabras clave

Palestina, Biopolítica, Nuda Vida, Geopolítica, Necropolítica

Se observa que Palestina, en particular la Franja de Gaza y Cisjordania, se han convertido en un laboratorio de biopolítica

1. La primera exposición de esta temática tuvo lugar en el marco del Festival de la Luna Llena en el conversatorio: "El terror en la vida real" el 22 de octubre de 2025, en Guadalajara, Jalisco, México.

Abstract

Palestine is neither an anomaly nor an isolated case; rather, it is a clear example of a process of domination that reveals the current composition of the global order in a stage of global hegemonic transition. In this process, the politics of life (biopolitics) intersect within states, which, in turn, compete and cooperate with each other in the existing interstate system (geopolitics). Security, borders, and exceptions are in conflict with justice, citizenship, law, and difference. The existence of human beings is managed in terms of their biological expression, and a criterion is established between those who can live and those who must die (necropolitics) according to criteria established by centers of hegemonic power, which are in relative decline. Palestine is the apex, the visible point of an entire existing global political framework that sets the diagnostic standard for various conflicts at the international level.

Keywords

Palestine, Biopolitics, Bare Life, Geopolitics, Necropolitics

La presente reflexión articula un marco teórico crítico centrado en las aportaciones de Michel Foucault, Giorgio Agamben, Achille Mbembe ampliado a un conjunto sistémico global en el que subyace la propuesta de Immanuel Wallerstein, así como la de Enrique Dussel y Judith Butler, entre otros autores que coadyuvan al objetivo analítico.

Se parte de la premisa de que el momento histórico actual es uno de transición hegemónica mundial caracterizada por la pérdida relativa de poder de la potencia hegemónica y el relativo ascenso de potencias emergentes, un estadio incierto donde lo que hay es un proceso abierto no-hegemónico (Robert Cox) que puede dar paso a un nuevo momento que aún no se puede observar a plenitud pero se prefigura como un reclamo multipolar. Un momento de “interregno” caracterizado por que “lo nuevo no termina de nacer y lo viejo no termina de morir” como señalaba Antonio Gramsci; espacio propicio para los “monstruos”, figuras y movimientos irracionales, autoritarios, regresivos que explotan el descontento y se presentan como “lo nuevo” recuperando discursos viejos.

La realidad del momento actual, el paradigma político global en medio del proceso de transición hegemónica cruza dos enfoques: el biopolítico, enfocado en administrar la vida y los cuerpos; y el geopolítico, enfocado en las relaciones entre potencias, poblaciones, espacios y territorios. No son condiciones excluyentes sino plenamente potenciadas una con la otra. La disputa entre potencias no sólo busca el control de territorios sino de gobernar la vida (y la muerte), la soberanía se redefine como capacidad de decidir qué vidas realmente importan y la excepcionalidad como modelo de gobernanza global. En contextos de transición hegemónica aumenta la inversión en infraestructuras biopolíticas como estrategias de aseguramiento geopolítico: su apoteosis es Palestina, pero visible en escalas o capas superpuestas en todos los territorios (Estados y poblaciones):

1. Nivel macro (geopolítica):

- Actores: Estados hegemónicos, alianzas, organizaciones internacionales, bloques económicos.
- Dinámicas: competencia por recursos, reordenamientos hegemónicos, guerras proxy, sanciones económicas.

2. Nivel meso (tecnológica):

- Activos: plataformas de datos, biometrías, drones, satélites, cadenas logísticas, mercado militar-industrial.
- Funciones: facilitar la administración y monitoreo de poblaciones; actuar como palancas de poder.

3. Nivel meso (jurídico-administrativo):

- Instrumentos: estados de excepción, legislación securitizada, normativas migratorias, regímenes humanitarios, acuerdos y alianzas de protección.
- Efectos: producen exclusiones legales y categorías de parias que configuran la nuda vida.

4. Nivel micro (biopolítica-necropolítica)

- Prácticas: control de movilidad, detenciones, bloqueos, políticas sanitarias diferenciadas.
- Consecuencias: vidas despreciadas versus valoradas, condiciones de existencia o muerte administrada.

5. Mecanismos transversales (simbólicas y legitimadoras):

- Medios: narrativas nacionales, racismo, securitización mediática, símbolos identitarios o religiosos.
- Funciones: legitiman la administración diferencial de vidas y reordenamiento espacial.

En este escenario, Palestina resalta como el ejemplo más acabado de la exacerbación del odio contra los reclamos, las protestas y el deseo de liberación; mientras que el dominador no quiere la mínima muestra de desafío a su arbitrio y responde con todo lo que tiene -y puede- para demostrar su “poder soberano”.

Se retoma la formulación foucaultiana de biopolítica para señalar que no es simplemente el interés por la vida humana sino una racionalidad gubernamental que administra poblaciones mediante técnicas de seguridad, salud, demografía y regulación de la reproducción social; es la modernidad política que “pone la vida en orden” mediante dispositivos que optimizan, regularizan y disciplinan cuerpos y poblaciones (Foucault, 1978: 137). Este concepto será de plena utilidad para entender la actualidad “moderna” y la realidad Palestina y la de otros pueblos bajo opresión o sociedades que padecen los embates del sistema actual de la que nadie es ajeno, incluyendo los habitantes de las potencias hegemónicas.

La noción de nuda vita (vida desnuda, bare life) propuesta por Agamben, que va acompañada siempre al “estado de excepción”, señala que: cuando la soberanía suspende el orden jurídico normal, ciertos grupos quedan fuera de la esfera de los derechos y son convertidos en “vidas desprotegidas”.

Espacios como campos, territorios ocupados o zonas de exclusión emergen así como lugares paradigmáticos donde la excepción se normaliza y la vida es reducida a su dimensión biológica, despojada de la protección política (Agamben, 1998: 3-8). Este concepto articula una reflexión profunda sobre la relación entre vida, poder y soberanía y sobre cómo los sistemas políticos modernos -incluidos los que se precian de democráticos- pueden reducir la existencia humana a una mera condición biológica desprovista de derechos y significado político. Siguiendo la distinción que hacía Aristóteles entre la vida biológica (*zoé*) y la vida políticamente cualificada (*bios*), Agamben observa que, en la modernidad, estas categorías se invierten: la *zoé* pasa a ser objeto directo del poder político, el Estado ya no se limita a gobernar ciudadanos sino que administra la vida biológica en sí misma.

Aquí adquiere relevancia la figura del *Homo Sacer* -también propuesta por Agamben- que retoma la figura del derecho romano antiguo para señalar a un individuo que puede ser matado pero no sacrificado, está excluido del orden jurídico y religioso, vive al límite entre la vida y al muerte, entre el derecho y la suspensión de estos. Y aquí radica la clave para entender la política moderna: todos los estados existentes producen espacios donde ciertos sujetos son despojados de derechos y expuestos a la violencia del “poder soberano”. Agamben añade que en los “estados democráticos” que aplican el “estado de excepción” no parten de una medida enteramente temporal sino que se ha convertido en la “técnica permanente de gobierno”, pues el soberano suspende la ley para “protegerla”, pero al hacerlo crea un espacio donde a los individuos se les priva de su *bios*.

El poder soberano, el Estado, que ejerce la autoridad y el “monopolio legítimo del uso de la violencia” (Max Weber *dixit*) decide quién puede ser matado impunemente y quién puede ser excluido del marco jurídico sin que eso sea considerado un crimen. El ser humano se encuentra desnudo, sólo y despojado, frente al Estado que ejerce control sobre él. Visto en su conjunto sistémico se señala a “los Estados”, ya no diferenciando si son hegemónicos o no.

Si al final el foco es hacia la muerte en sí misma como operación política, la necropolítica de Mbembe identifica mecanismos por los cuales la soberanía se ejerce a través de la potestad de exponer a poblaciones enteras a la muerte directa o a condiciones de muerte -ya sea mediante la violencia activa o por privación sistemática de los recursos vitales- y subraya que en determinadas formaciones políticas la lógica de la supervivencia se organiza en torno a la capacidad de matar o dejar morir (Mbembe, 2003: 11-18).

Las categorías antes señaladas se observan con toda naturalidad y normalidad hoy en día por cuestiones de seguridad (*securitization*), por “legítima defensa”, o por cualquier subterfugio legal que pueda ser utilizado; sin embargo, se observa su *modus operandi* como un elemento constitutivo de él y, por lo tanto, histórico, implementado desde su puesta en marcha en las tierras y la poblaciones de las que emergieron y, luego, las poblaciones y territorios colonizados, pero que ahora, en el estadio de su autofagia, se revela sin centro de operación concreto y ejecutado por los que detentan el poder, primero de manera hegemónica y, posteriormente, sólo en cuanto a uso de la fuerza por falta de consenso.

Se observa que Palestina, en particular la Franja de Gaza y Cisjordania, se han convertido en un laboratorio de biopolítica: un territorio donde el poder soberano (un grupo ocupante que aspiró a convertirse en un Estado a partir de un movimiento nacionalista que instrumentaliza la religión judía y se autodenomina *sionismo*) administra, regula y destruye la vida, mientras que la comunidad internacional mantiene una ambigua relación de silencio o incapacidad. El sionismo, en cuanto a pretensión de estatalidad e institucionalización de su aparato político, no reconoce la soberanía plena de Palestina, pero controla su territorio, sus fronteras, su espacio aéreo y marítimo, así como los recursos, la población -tanto viva como muerta, en este último caso incluso trafica con los órganos o los utiliza para experimentos científicos en sus universidades e institutos (SANA, 2025)- y su movilidad. Desde 1948, y de manera sistemática tras 1967, las y los palestinos viven en un régimen jurídico donde la ley se suspende sin abolirse: pueden ser detenidos sin cargos, desplazados sin juicio y asesinados bajo la lógica de la “seguridad nacional” (Gunter, 2024).

Esto crea un espacio jurídico vacío donde la persona palestina no es un ciudadano ni un enemigo legal sino una figura intermedia -el *homo sacer* agambeano contemporáneo- que puede ser eliminada sin que esa muerte tenga estatuto de crimen, ni sacrificio. Llega a haber cementerios con números al no poder ni siquiera identificar el cuerpo de los asesinados en detención o en campo abierto. Las familias se quedan con el dolor lanzado al aire al no poder cerrar el ciclo del duelo, un panorama muy similar a lo que ocurre en otros lugares donde se viven desapariciones forzadas (como en México u otras partes de América Latina).

Si el ejemplo más acabado de “campo de concentración” ha sido conocido en el holocausto judío (*shoa*), ahora Palestina se ha convertido en el espacio biopolítico por excelencia, una tautología, donde la vida es gestionada y despojada de toda protección jurídica (local e internacional). Gaza funcionaba como campo de concentración moderno con un espacio de excepción total: 2.23 millones de personas confinadas en 365 km², sin soberanía sobre cielo, mar y tierra; con cortes de electricidad, bloqueos de alimentos y bombardeos como formas de control sobre la vida biológica, administradas como variables técnicas de una política de seguridad. Un bloqueo total desde 2007, haciendo que lo ocurrido el 7 de octubre de 2023 bajo el nombre de *Diluvio de al-Aqsa* constituyera un ¡basta ya! a esa situación de oprobio y deshonor, sistematizado, codificado, exhibido y magnificado (y bajo el silencio cómplice de la llamada “comunidad internacional” o la norma de R2P, responsabilidad para proteger).

La acción de los grupos de resistencia por liberarse el dominio significó para la entidad de dominación una sorpresa y un escándalo que, en su modo de ver, no debe dejarse pasar por alto pues pondría en duda su poder dominante y abriría las puertas a otras acciones subversivas. Como lo plantea Enrique Dussel: “el dominado, sin embargo, no acepta ser oprimido ni por la paz, ni por la represión, ni por la violencia táctica. El dominador lanza entonces la guerra; <guerra total> (...). La guerra es la ontología práctica; es el ser que prácticamente reduce al otro al no-ser” (2011: 100).

Cisjordania, fragmentada por muros, *checkpoints*, zonas militarizadas, calles separadas, configura un territorio fragmentado, donde el movimiento humano es regulado biopolíticamente.

Los cuerpos palestinos son escaneados, registrados y autorizados como si fuesen objetos logísticos más que ciudadanos. Los pedazos de Palestina que quedan -reclamados por los líderes conformes con lo que les dan en relación a la Palestina histórica- se convierten en espacio donde la excepción es la norma y la vida humana se convierte en mera materia administrable. Los habitantes son reducidos a su nuda vida, no tienen derecho a decidir cómo vivir -ni cómo morir-, su muerte no constituye un homicidio político ni genocidio, sino una “medida de seguridad”, su vida se mide en estadísticas de daños y nunca en derechos humanos, la narrativa ocupante y dominante se refiere a ellos como productos infra-humanos (Lissardy, 2024; Amnesty Internacional, 2024). La palabra genocidio, incluso, ha sido muy utilizada por los denunciantes y los pueblos del mundo en cuanto a hechos constatables, mientras que las revisiones jurídicas siguen buscando marcos interpretables, algunos medios de comunicación la omiten a pesar de realizar la transmisión en vivo (vía streaming 24/7) todo en un tono favorable al agresor. Asimismo, se observa que la misma palabra es rebasada por los hechos y se tendría que acuñar un nuevo concepto que dé un nuevo matiz a lo que se observa día a día y que los palestinos gazatíes sufren de forma cotidiana desde hace más de siete décadas constantes pero de manera descarnada desde 2023.

Desde la puesta en marcha del proceso de usurpación y colonización territorial de Palestina en 1948 (Nakba), la racionalidad gubernamental del poder soberano se manifiesta en una arquitectura de control que combina lo administrativo (registro de población, restricciones de movimiento, control de acceso a servicios), lo espacial (fragmentación territorial, muros, zonas cerradas) y lo económico (bloqueos, restricciones comerciales); todas, prácticas que administran la vida cotidiana de una población en cuanto objeto de gobierno. Informes humanitarios y de derechos humanos (DDHH) han documentado cómo estas medidas configuran niveles de vulnerabilidad estructural que obstaculizan la reproducción social y la salud pública de las y los palestinos (OCHA, 2024; Amnesty International, 2024). Al observar las prácticas de suspensión continua del derecho (toques de queda, operaciones militares prolongadas, destrucción de infraestructuras que sostienen condiciones mínimas de vida) se comprueban las consideraciones teóricas con las prácticas en la condición de ciudadanía restringida y de desposesión política que padece la población palestina en su propio territorio, usurpado y fragmentado (HRW, 2024).

Para Palestina, la necropolítica ayuda a comprender no sólo las ejecuciones directas sino la sistemática privación de agua (agua que empresas israelíes comercian en otros territorios, como Argentina, para abasto propio y despojo ajeno), alimentos, atención médica y la destrucción de infraestructura civil que configuran las normas de violencia letal indirecta. Los informes de los organismos internacionales a partir de la masacre sistemática dirigida contra los pobladores de la franja de Gaza desde el 7/10 han señalado actos intencionados y políticas destinadas a generar condiciones de vida que muchas veces equivalen a una exposición sostenida al peligro y la mortalidad, en ese sentido se habla, más bien, de “condiciones de muerte” (HRW, 2024; OCHA, 2024).

También el caso palestino revela cómo el estado de excepción normalizado se globaliza. La comunidad internacional mantiene un discurso jurídico-humanitario, pero sin alterar la estructura soberana que produce esa excepción. La vida palestina se gestiona mediante ayuda humanitaria, que garantiza la mera supervivencia sin soberanía, los llamados “cese al fuego” o la “ayuda humanitaria” entregada a disposición del dominante-ocupante -en connivencia con la superpotencia también dominante y ocupante pero de un radio más extenso- no restauran los derechos sino que sólo administran la supervivencia o dilatan la muerte. La ONU, la Unión Europea, la Liga de Estados Árabes, la Organización de Cooperación Islámica, por señalar sólo algunos, no actúan como garantes de derechos sino como administradores de la vida desnuda o del cálculo de la muerte, cumpliendo una función biopolítica más que política, legal y humana.

Palestina no está “fuera del mundo” o al margen, sino que está en la parte central y más lúcida de los hechos; en la parte vanguardista de los mecanismos y modelos de dominación. Así lo revela Antony Loewenstein (2024) al señalar cómo el complejo militar-industrial sionista ha usado el territorio palestino ocupado como “laboratorio” para probar armas, sistemas de vigilancia, tecnologías de control, demolición, encarcelamiento, vigilancia biométrica, inteligencia artificial, aplicaciones móviles de control, etcétera; que luego se exportan a gobiernos de todo el mundo, convirtiéndolas en herramientas de vigilancia global “probadas en campo”.

Bajo estas circunstancias se habla de Palestina como paradigma, como espejo del orden global actual (en declive relativo), repetido con sus respectivas dimensiones y contextos socio-históricos a cada población, Estado o nación actual. La seguridad (interna y externa), la frontera (real o imaginaria) y la excepcionalidad sustituyen la justicia, la ciudadanía y el derecho. Y en estos lineamientos, comienza la división sobre quién puede ser considerado humano o no. Vida llorable (o precaria), en la palabras de Judith Butler, en las que la desigualdad se ve hasta en los cuerpos que sufren todo tipo de violencia; algunas son vidas que se reconocen y, por lo tanto se les llora, mientras que otras son invisibles o descartables (por ejemplo, todas las víctimas de desapariciones forzadas, las desplazadas, las personas migrantes naufragando en medio del Mar Mediterráneo o del Río Bravo). Todas las acciones que el poder global hegemónico se ha empeñado en hacer parecer como necesario o como condición para destruir en nombre de la protección de la vida, es decir, protección como aniquilación, una política de la muerte (tanatopolítica).

Palestina es para el mundo metáfora y advertencia, realidad cercana o lejana, expuesta o desnuda, el lugar donde la humanidad mide los límites de su propia dignidad. A las sociedades que les aqueja algún mal pueden sentirse identificados con los palestinos aunque sobre ellos no se arrojen bombas altamente tecnologizadas; otras herramientas con alta tecnología ya los acosa; los azuza de forma sigilosa o lo justifica como un tema para combatir “un mal mayor”. En fin, la cartografía del poder vital contemporáneo se traza sobre los cuerpos y los territorios donde la vida se vuelve administrable, expuesta al poder hegemónico. La democracia puede coexistir con la suspensión del derecho, el discurso humanitario encubre la violencia estructural, la muerte se gestiona como política pública.

Las voces retardatarias cuestionan en sus respectivos espacios sobre por qué acompañar el sentir de los palestinos si en casa tiene “problemas peores”, lo que no saben -o intencionalmente no lo ven- es que el mal que reconocen en casa es parte del mal que impera, se impone y opera, en todo el mundo, incluyendo los países desarrollados del centro. Lo que ocurre en Palestina es la más alta intensidad de otros males igualmente desastrosos, todos son resultados de un proceso sistémico global: económico, político y cultural.

Es una dominación intersectorial y transversal. Los hoy detractores son potencialmente los próximos “otros” pues forman parte de este proceso de control, muerte y despojo de su humanidad y ciudadanía, en el actual momento de crisis hegemónica.

El desaparecido -por secuestro, encierro administrativo (preso), asesinato en el anonimato o cualquier tipo de desprotección estatal- no tiene cuerpo visible ni estatus legal. Su cuerpo ya no pertenece al mundo político ni al biológico, es una vida reducida al silencio, suspendida entre la presencia y la ausencia. Nuda vida que: 1) no puede ser llorada oficialmente porque no está muerta; 2) no puede ser protegida porque no está viva; 3) no puede ser juzgada ni defendida porque no existe. Su eliminación no constituye un crimen reconocido, la ley misma ha sido suspendida, ignorada o redactada a conveniencia.

Como lo revela el Departamento de Investigación de Statista, el 2025 mantiene “una serie de conflictos de alta intensidad y gran alcance (...) a una escala no vista en décadas”. Y resume:

Las guerras en Ucrania, Gaza y Sudán entrarán en su tercer o cuarto año, y las conversaciones de paz han resultado infructuosas hasta el momento. El último año también ha presenciado una escalada de los combates en el este de la República Democrática del Congo, un breve conflicto entre las potencias nucleares de India y Pakistán en mayo, y una significativa expansión de la crisis más amplia de Oriente Medio. Los mayores impactos se sienten en términos de pérdidas humanas, sufrimiento y destrucción: cientos de miles de personas han muerto directamente en conflictos en la década de 2020; millones más han resultado heridas, desplazadas, huérfanas, hambrientas, maltratadas y traumatizadas; y los altos niveles de destrucción implican que algunas regiones podrían no recuperarse nunca por completo (Statista, 2025).

Estos conflictos no excluyen, por supuesto, las violencias variadas al interior de los estados que refieren a otro tipo de conflictos a escala nacional que podrían ser confundidos con elementos “normalizados” pero que adquieren suma relevancia al interceptar elementos como la escasez de recursos vinculados al manejo del modelo económico o el cambio climático y los avances tecnológicos en relación a armamentos y herramientas de destrucción/control.

El mecanismo que atraviesa a todo el conjunto estatal de poder es uno sólo y establece quién y cómo gobierna la vida y el orden. ¿Hay espacio para la resistencia? ¿Qué forma adquiere o debería adquirir? Son preguntas que quedan abiertas y mientras, para cerrar, se recurre a un poema del palestino exiliado Mourid Barghouti (1944-2021) que se titula No estaría mal, que dice así:

No estaría mal morir en nuestra cama
Sobre una almohada limpia
Rodeado de amigos.
No estaría mal morir un día
Las manos enlazadas sobre el pecho
Desnudas de todo
Salvo de su palidez,
Sin rasguños
Ni cadenas
Sin banderas
Ni lista de agravios.
No estaría mal tener una muerte limpia
Sin agujeros
En la camisa
Sin marcas
En las costillas.
No estaría mal morir sobre la almohada blanca
No con el asfalto bajo la mejilla,
Las manos en las manos de quien amamos,
Arropados por la congoja del médico y las enfermeras,
Sin otro bien que
Decir adiós con elegancia,
Indiferente a los días,
Dejando este mundo tal como es
Con la esperanza de que otros vengan a cambiarlo

Bibliografía:

- Agamben, Giorgio (1998). Homo sacer: sovereign power and bare life. Stanford University Press.
- Amnesty International (2022). Israel's apartheid against Palestinians. Amnesty International. Disponible en: <https://goo.su/WVMB>
- Amnesty International (2024). "You feel like you are subhuman": Israel's genocide against Palestinians in Gaza. Amnesty International. Disponible en: <https://goo.su/wGWSL>
- Amnistía Internacional (2024). Israel/Territorio Palestino Ocupado: "Es como si fuéramos seres infrahumanos": El genocidio de Israel contra la población palestina de Gaza. [Resumen Ejecutivo], disponible en: <https://www.amnesty.org/es/documents/mde15/8744/2024/es/>
- Butler, Judith (2006). Vida precaria. El poder del duelo y la violencia. Paidós.
- B'Tselem (2025). Our genocide (summary). Disponible en: <https://goo.su/9Yh36j>
- Dussel, Enrique (2011). Filosofía de la Liberación. FCE.
- Foucault, Michel (1978). The History of Sexuality: An introduction. Vol. 1. Pantheon Books.
- Gunter, Joel (2024). "Cómo Israel encarcela a cientos de palestinos sin presentar cargos". BBC Mundo, disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/articles/crgw8e6rry5o>
- Herrera Santana, David (2024). El geo, el bíos y la política. El régimen biopolítico/geopolítico y la producción del mundo moderno. Ediciones Akal.

- Human Rights Watch (2019). Extermination and acts of genocide: Israel deliberately depriving Palestinians in Gaza of Water. Disponible en: <https://goo.su/3GGIj>
- Lissardy, Gerardo (2024). ""Cuando tratas con 'monstruos', no hay piedad ni reglas: la tarea es destruirlos. Me temo que esto es lo que vemos en la retórica exterminacionista en Medio Oriente". BBC Mundo, disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/articles/c4glepz5g3wo>
- Loewenstein, Antony (2024). El Laboratorio palestino: cómo Israel exporta al mundo tecnología de la ocupación. Capitán Swing.
- Mbembe, Achille (2023). "Necropolitics". Public Culture, 15 (1), pp. 11-40. Disponible en: <https://goo.su/YW9f9z>
- OCHA OPT (2024). Responding to emergency needs amidst changing context: Mid-year 2024 report. United Nations Office for the Coordination of Humanitarian Affairs - Occupied Palestinian Territory. Disponible en: <https://goo.su/DWzRwuZ>
- SANA (2025). "Israel entrega a Gaza 120 cuerpos con evidencias de tortura y tráfico de órganos". Syrian Arab News Agency, 22 octubre. Disponible en: <https://sana.sy/es/world/2274373/>
- Statista (2025). "Conflicts worldwide 2025 - statistics & facts". Departamento de Investigación Statista. Disponible en <https://goo.su/ziNJw>